

TORMENTA EN SIGÜENZA

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

A diferencia de Segovia, que hace del *segovianismo* una fuerza centrípeta, Guadalajara sufre el *guadalajarismo* como una fuerza centrífuga.

El segovianismo es un algo magnético que atrae a los segovianos hacia su tierra y a los que no siendo segovianos de nación lo son de enamoramiento. Segovianistas fueron o son el marqués de Lozoya, Ramón Ayerra, Juan Bravo, Luis Solana y Pedro Altares. Aunque nacido este último en el municipio madrileño de Carabaña (el del agua de), ejerce en su mansión señorial de Torrecaballeros como segoviano y castellano antiguo. Contábame Luis Carandell —tan viajero por carreteras de segundo orden y municipios menores de diez mil habitantes— que en el mes de julio el ci-

tado Altares «ofreció una recepción» en su casa segoviana adonde acudió el Gobierno en pleno. No estuvo Tierno, con sus emplumados maceros, pero acaso por no ser Torrecaballeros barrio de Madrid o tierra de Soria. No había invitado Altares a Calvo Sotelo, y entonces el presidente expresó a Pío Cabanillas su deseo de asistir. El ministro gallego transmitió tal deseo y el presidente asistió. Es decir, que aquello fue casi como una de las recepciones del general Franco en La Granja, pero sin folklóricas. Y es que el muy diplomático Altares va camino de ser la Madame Stael del nuevo régimen.

Brindo a quien corresponda la oportunidad de lucirse con un hermoso texto sobre la ciudad de Segovia que jamás, jamás, jamás he visto utilizado en la literatura viajero-turística, tantas veces zurcido de cursilerías y tópicos. Pertenece nada menos que a Luis Cernuda y quien corresponda puede encontrarlo en «Ocnos» (el nombre del capítulo es «Ciudad de la Meseta», pero ya que tienen que manejar el libro recomiendo que lo lean completo y de paso aprenderán mucho de Andalucía). Con el ofrecimiento de este texto ayudo al remozamiento de esa literatura de folleto, cosa que por supuesto hago sin ánimo de que me propinen ninguna medalla al mérito turístico, ni mucho menos para que le sea propinada a don Luis Cernuda a título póstumo.

El guadalajarismo es un hecho sociológico. Lo ejercitan aquellos funcionarios adscritos a Guadalajara y que viven en Madrid. Sólo están en Guadalajara durante las horas de oficina. Me contaron de uno que, des-



Martín Villa, siempre igual a sí mismo y hoy tan aburrido como hace veinticinco años, en su característico gesto de acaballarse bien las gafas...

pués de seis años de continuado ejercicio del guadalajarismo, ni siquiera había visto el Palacio del Infantado.

Una cierta forma de guadalajarismo aplicó el ministro Martín Villa cuando en septiembre convocó en el parador de Sigüenza a los llamados «medios informativos» para hablarles de las autonomías. Porque guadalajarismo es reunir al personal en lugar tan hermoso como esa ciudad castellana y no dejar tiempo para verla. De donde vengo yo en concluir que el caso fue como el de aquel que porque en los

viajes se ve mucho dio la vuelta al mundo, pero como andaba sin dinero tuvo que hacerlo de polizón, oculto siempre en la bodega del barco. (Bien es verdad que a Sigüenza no se iba a hacer turismo sino información, mas recordemos que durante muchos años una y otro estuvieron ministerialmente copulados.)

Aquel que dio la vuelta al mundo en la bodega sólo vio ratas. En el parador no había ratas sino periodistas y los llamados altos cargos. En este caso del ministerio de Administración Territorial, que es ministerio de pocos cargos altos y bajos pues sólo tiene 458 funcionarios.

Martín Villa presentó a varios de esos cargos (todos altos) y entre todos explicaron la marcha del Estado de las Autonomías que, según dijeron, iba bien.

Seguramente es Rodolfo Martín Villa el personaje político español que con el correr de los años se mantiene más igual a sí mismo. No me refiero a su forma de pensar, sino a su forma de manifestarse. Hoy es tan aburrido como hace veinticinco años y además parece tener la misma edad que entonces. Le ocurre como el actor Peter Lorre, que cumplía años, pero siempre lo veíamos igual en su papel del «M» de «El vampiro de Dusseldorf». Martín Villa —que va cumpliendo años, ministerios e incluso regimenes— parece siempre el mismo. El mismo tono de voz monocorde, la misma expresión gris, el mismo gesto de apretarse las gafas para acaballárselas bien... Dicen quienes le conocen que no hay tormenta capaz de alterarle y



El Palacio del Infantado en Guadalajara. Hay personas que después de años y años de continuado ejercicio del guadalajarismo aún no lo han visitado nunca...

TIEMPO DE HISTORIA

Director:
EDUARDO HARO TECGLÉN

En el número 83, de octubre incluye los siguientes temas:

- **DOCTRINA Y ACCION DE LA SECCION FEMENINA: LA MUJER EN EL FRANQUISMO**, por Encarnación Jiménez.
- **EL PUNTO DE VISTA DE LA SECCION FEMENINA: «LA HISTORIA NOS HA TRAICIONADO»**, ENTREVISTA CON LULA DE LARA, por Sara Palacio.
- **AHORA HACE MEDIO SIGLO: LA PRIMERA CRISIS PARLAMENTARIA DE LA SEGUNDA REPUBLICA**, por Eduardo de Guzmán.
- **EL FINAL DE LA II REPUBLICA: LA «POSICION YUSTE»**, por José Ramón Valero Escandell.
- **LA REVOLUCION RUSA, DESDE ESPAÑA: OCTUBRE ROJO**, por Manuel Izquierdo.
- **HACE VEINTICINCO AÑOS: LA INVASION DE HUNGRIA**, por José M.^a Solé Mariño.
- **ESPAÑA 1951: Selección de textos y gráficos** por Diego Galán y Fernando Lara.
- **CINCUENTENARIO: SANTIAGO RUSIÑOL, DE SU BOHEMIA Y SUS OBRAS**, por Carlos Sampeyo.
- **UN MOVIMIENTO QUE NUNCA EXISTIO: EL SURREALISMO EN ESPAÑA**, por Eduardo Haro Ibáñez.
- **REVOLUCION BURGUESA, OLIGARQUIA Y CONSTITUCIONALISMO**, por Manuel Pérez Ledesma.

que todas las soportó en su ya larga vida política (donde nunca faltó el coche oficial) apoyando la espalda en la pared con un pie sobre ella (sobre la pared, no sobre la espalda); luego bajaba un poco la cabeza y se subía las gafas.

En Sigüenza descargó una espectacular tomenta (de esas con «gran aparato eléctrico»), que poca cosa debió de parecerle al ministro en comparación con otras de su historia. Por ejemplo, aquella que le montaron los socialistas en septiembre de 1977, a propósito de la bofetada que dieron a un barbado diputado del PSOE durante una manifestación en Santander. Fue aquel un pleno terrible, donde Martín Villa tuvo que soportar no sólo el ataque de Alfonso Guerra sino también la defensa de Camuñas.

En el patio del parador seguntino (antiguo castillo restaurado), un joven barbado se manifestó ante el ministro

con una pancarta contraria a la integración de Guadalajara, o por lo menos de Sigüenza, en el llamado ente preautonómico Castilla-La Mancha. Una cosa así, que hace apenas cinco años hubiese provocado allí mismo una tormenta (otra) con gran aparato eléctrico represivo, se resolvió con una simple alusión ministerial a la acentuada miopía del titular de la cartera:

«Acérquese usted más, por favor, que a esa distancia no leo bien.»

Porque mientras Martín Villa repetía su repetidísimo gesto de acaballarse las gafas y se aproximaba al cartel para verlo mejor, el manifestante solitario se había ido retirando un poco para de manera instintiva mantener las distancias con quien durante algunos años fuera ministro del basto.

Martín Villa leyó por fin la pancarta, dio las gracias al manifestante y siguió su camino. ■